

LOS BLOQUEOS EN EL RIO DE LA PLATA Y LA POLITICA EXTRANJERA

Por ENRIQUE DE GANDIA

En la historia de los bloqueos originados por la política rosista hay que distinguir la ficción diplomática y la realidad de los hechos. Una cosa, en efecto, son las notas cambiadas por los gobiernos y los principios sustentados, y otra cosa son los barcos que llegaban al Río de la Plata, descargaban y cargaban tranquilamente sus mercancías. La burla del bloqueo fue algo continuo y normal en Buenos Aires y en Montevideo. Los buques de Inglaterra y de Francia no impidieron jamás, de un modo total, el comercio en la costa argentina, y los de Rosas nunca anularon, por completo, el que se realizaba en el Uruguay. El estudio de las notas diplomáticas conduce al historiador por otros caminos: ideas, doctrinas, malentendidos, evasivas, recursos tortuosos para ganar tiempo, mala fe, etc. Hay que acudir a un autor como el general Tomás de Iriarte para tener una idea de lo que fue el bloqueo que el almirante Brown, por orden de Rosas, ponía a Montevideo, y el que las escuadras de Francia y de Inglaterra mantenían frente a Buenos Aires. Ningún otro autor, podemos adelantarlo, ha reflejado como Iriarte, con tanta exactitud y emoción histórica, el ambiente de Montevideo durante esos años inolvidables. Iriarte no admiraba a Brown. En más de una oportunidad se refirió a sus cambios políticos, a su obediencia a quien mandase, a la acción que llevaba en contra de los unitarios y demás enemigos de la tiranía y a indudables leyendas que circulaban en torno a su moral de marino. La figura de Brown, enaltecida por el propio Mitre, hoy no necesita defensas ni reivindicaciones. Iriarte, por otra parte, no dice más que lo que sus ojos veían y sus oídos escuchaban. Esto no significa que dijese verdades imperecederas, pero eran, sin duda ninguna, verdades del momento. También se indignaba cuando observaba el respeto que, por principios de derecho internacional, las escuadras extranjeras tenían a Rosas y a la costa argentina. En su pasión, Iriarte hubiera querido ver desembarcos o ataques abiertos en contra del tirano. Luego, cuando las naves de Rosas se alejaban algo de Montevideo y se trasladaban al Buceo, imaginaba, con cierta ingenuidad de esos instantes, que el blo-

queo había sido abandonado. Era el mes de enero de 1845. Las noticias, por más insignificantes que fuesen, que llegaban de Europa o del Brasil, traían siempre grandes esperanzas para los sitiados de Montevideo. Se decía que Inglaterra iba a poner fin a la guerra del Río de la Plata, que en Francia se atacaba duramente a Rosas y que el Brasil estaba dispuesto a entrar en una alianza en contra del tirano de Buenos Aires. Por otra parte, Iriarte se sorprendía de ver, por primera vez, el 19 de enero de 1845, una fragata de guerra napolitana de sesenta cañones. "Es extraño —decía— ver en estas aguas este pabellón: es el primero de que tengo noticia al menos de guerra". Italia era admirada en sus barcos y en su legión, que combatía valientemente contra los sitiadores de Montevideo. Son continuas las referencias al heroísmo de los italianos que combatían contra las fuerzas de Oribe. Al mismo tiempo, Iriarte aludía, sin variaciones, a la incapacidad militar de Oribe. "En esta jornada de hoy —dice en una oportunidad— Oribe ha hecho más patente su ineptitud, y sus tropas, su singular cobardía". No puede hablarse de ineptitud en un general como Oribe, conocido por su desenvoltura en el peligro, ni de cobardía en tropas acostumbradas a cualquier encuentro; pero existía, indudablemente, una prudencia o temor o deseo de no atacar a la ciudad que, a menudo, dejaba sorprendido al mismo Iriarte. Este, en efecto, alude muchas veces, con distintas palabras y conceptos, a la falta de acometividad de Oribe. En más de una oportunidad, si hubiese atacado, Montevideo se hallaba tan desguarnecida y desorganizada, con sus políticos divididos y las fortificaciones en mal estado, que la ciudad no habría resistido largo tiempo a su presión y la historia del Río de la Plata habría cambiado radicalmente; pero Oribe se conservaba lejos. Iriarte llegó a comprender que el general rosista no quería conquistar su ciudad por patriotismo o no hacer daño a sus habitantes o alguna otra causa que nunca supo. Así como Lavalle no quiso entrar en Buenos Aires, Oribe no se decidió a penetrar en Montevideo. Es posible que el temor haya detenido, en los momentos decisivos, a ambos generales. Lo seguro es que el paralelo puede hacerse y que, por falta de decisión, Lavalle no tomó a Buenos Aires, y Oribe no conquistó Montevideo.

La lucha, por tanto, se hacía interminable. Cada bando esperaba la victoria por causas imprevistas, por el derrumbe del contrario, no por el propio esfuerzo. Es algo común a todos los enemigos políticos que se sienten con fuerzas suficientes para odiar, pero no para vencer. Iriarte se alegraba de que el pequeño círculo de amigos que el ministro Mendeville tenía en Londres se hiciese cada día menos ruidoso e influyente. La propaganda antirosista cruzaba el mar y se expandía por medio mundo. Rosas, por otra parte, no sabía atraerse simpatías. Al Paraguay lo tenía aislado, con sus puertos cerrados al comercio, sin permitirle comunicación ninguna con otras naciones. Era natural que el Paraguay se inclinase, lentamente, hacia los enemigos de Rosas. El encargado de negocios de Gran Bretaña trataba de convencer a Oribe de que humanizase la guerra, no degollase a los prisioneros en el momento del combate y aun muchos días después y accediese a canjes, pero Oribe se negaba rotundamente, haciendo cada vez

más grande su fama de sanguinario. Las exageraciones iban junto a las verdades. Hechos ciertos se mezclaban con leyendas. Brown y Oribe, según muchas versiones, se habrían insultado como "dos changadores", todo por una partida de tocino que Brown había arrebatado a un buque brasileño y al final tuvo que desembarcar en el Buceo para que Oribe lo devolviese.

El bloqueo era más psicológico que real. Por sus excepciones, decía Iriarte, "en nada absolutamente afecta ni perjudica los intereses comerciales ultramarinos"; pero un día Brown comunicó a los jefes neutrales que el bloqueo absoluto de Montevideo quedaba establecido. Los jefes pidieron que se suspendiese la ejecución hasta que se le avisase. Un bargantín sardo comenzó por ser detenido. A otro español le ocurrió lo mismo, sin esperanzas de protesta, por no tener España un agente conocido. Las casas comerciales inglesas, de importación y exportación, elevaron sus protestas al encargado de negocios inglés por el reconocimiento del bloqueo sin orden expresa del gobierno de Londres. Iriarte se irritaba cuando pensaba que, en más de una oportunidad, con un poco de decisión, se habría podido derribar a Rosas. A su juicio, en 1839, Rivera, con la ayuda del bloqueo francés, habría podido cruzar el Uruguay y el Paraná y dominar a Rosas. En 1840, Lavalle, si hubiera contado con la colaboración de Rivera, habría vencido indudablemente a Rosas. En el mismo año, si Lavalle no hubiese cambiado de rumbo, inexplicablemente, frente a Buenos Aires, esta ciudad habría caído. En 1842, después de la victoria de Caaguazú, Paz habría podido pasar el Paraná y avanzar sobre Buenos Aires, pues Rosas tenía en el interior la mayor parte de sus fuerzas; pero las rivalidades de Paz, Rivera y Ferré anularon todas las posibilidades. En los instantes en que Iriarte escribía, comienzos de 1845, Rosas habría sucumbido si se hubiesen enfrentado Oribe, por una parte, y Paz, Rivera y el ejército de Montevideo, por la otra. Catorce mil hombres habrían podido reunirse en contra de Oribe, lo cual significaba su derrota segura. Además, la Argentina no habría sido el teatro de la guerra. La situación militar de los enemigos de Rosas era más fuerte que la del tirano, pero Rivera, Paz y Madariaga no conseguían ponerse de acuerdo. Los norteamericanos trataban de desentenderse del bloqueo. El Paraguay se aliaba con Corrientes para salir de su encierro. Brown era rechazado por la batería de la costa cada vez que se acercaba a Montevideo. Los neutrales entraban todo el ganado que querían. El almirante Lainé contestó a Rosas que no podía reconocer el bloqueo absoluto por no tener instrucciones de su gobierno. Turner, el encargado de negocios de Gran Bretaña, respondió que no reconocía el bloqueo porque Lainé tampoco lo había reconocido. En cuanto al encargado de negocios de Estados Unidos felicitó a Rosas precisamente por el bloqueo. Turner tenía el desprecio de sus conacionales, y el encargado de negocios de Estados Unidos era objeto de irrisión. "Esta conducta —escribía Iriarte— es inaudita en un empleado diplomático de un pueblo tan liberal como el de los Estados Unidos". Constantemente llegaban desertores del campo de Oribe.

La actuación de Manuel Oribe, como jefe de las fuerzas sitiadoras de Montevideo, no ha sido aún bien estudiada. Abundan los

documentos oficiales: decretos, comunicaciones, etc.; pero la realidad de su vida y la de su campamento en el Cerrito, repetimos, no son bien conocidas. Es indudable que a comienzos de 1845, en Montevideo, se tenía la seguridad de que Oribe era un monstruo de crueldad. Por otros conductos sabemos que era un hombre culto, de una excelente familia, estudioso, con ideas patrióticas y de bienestar para su pueblo. No obstante, Iriarte recoge el dato de que hacía degoillar a los traidores —hecho que en todos los tiempos se consideraba justo— y era inhumano aún con sus mismos partidarios. “El cuadro de las crueldades de Oribe en el Cerrito —decía— es espantoso y excede a cuanto hasta aquí se ha oído, a las carnicerías del mismo Rosas. Un francés (Godefroi) blanco exaltadísimo, que acaba de llegar de allí asegura que no sabemos aquí ni la mitad de los horrores que ahí se perpetrúan, y esta es una autoridad irrecusable”.

Los sitiados en Montevideo vivían, a veces, en un estado completamente ajeno a la realidad. En febrero de 1845 creían que bastaba un mes para decir “nos hemos salvado”. En otras oportunidades suponían que los soldados de Oribe estaban todos resueltos a desertar de sus filas y que si no lo hacían era porque el jefe degollaba todos los días unos cinco para dar ejemplo e impedir la desertión. Estas mismas ejecuciones sólo están comprobadas en casos concretos de traición. Los horrores que se atribuía a los oribistas y federales hacía retrochar la generosidad por parte de los sitiados. Una vez que un lanchón de Buenos Aires se refugió en el puerto, para escapar a un temporal, el gobierno lo dejó salir libremente para demostrar que la guerra se hacía al tirano y no al pueblo. En cambio, el contralmirante Lainé intimó a Brown que sacara de la escuadrilla bloqueadora todos los ciudadanos franceses. En Montevideo todos los habitantes estaban seguros de que si las fuerzas de Oribe entraban en la ciudad, las damas serían azotadas con vergajos de toro, y los hombres degollados. Rivera andaba lejos, sin preocuparse mucho, al parecer, de Montevideo. La ciudad debía atender por sí misma a su defensa. Lo menos que hacía era esperar que en Francia cayese el ministro Guizot, amigo de la política rosista. El tirano hacía levas militares y enrolaba a cualquier extranjero. Corría la voz de que Brown se había expresado muy duramente de Oribe, al cual acusaba de hacer emigrar muchas familias para despojarlas. Brown ganaba alguna simpatía, entre la gente sensata, porque permitía a los pescadores de Montevideo salir a pescar y volver tranquilamente. Rosas recibía los peores denuestos. Todo Montevideo recordaba y cada cual sabía, por distintos conductos, que Rosas era llamado “godo” y otros nombres durante la época del 25 de mayo de 1810 y, además, “era conocido por un enemigo declarado de la Revolución de Mayo; era entonces más español en su modo de pensar que los españoles más honrados y más rústicos en que estaba plagado este país”.

Estos juicios acerca de las ideas antiliberales de Rosas hoy no pueden discutirse. No se entienda que Rosas era españolista. Esto lo honraría. Muy al contrario: despreciaba a los españoles como españoles. Cuando explicó, a los diplomáticos extranjeros, qué había sido la llamada Revolución de Mayo dijo simplemente la verdad: la revolu-

ción no había sido una revolución ni, menos, una revolución en contra de España. Había sido, como muy bien decía Rosas, una muestra entusiasta de adhesión a Fernando VII. La historiografía echeverriana que entonces comenzaba a forjarse y que luego dio sus normas a Mitre y a López, veía a Mayo como una ruptura entre la colonia y los tiempos independientes, como una revolución. Rosas estaba, justamente, en contra de esta interpretación, totalmente falsa; pero tomaba el verdadero carácter que había tenido la llamada revolución para inducir a los pueblos a un inmediato e indiscutido sometimiento a la voluntad del mandatario, contra el cual no había que rebelarse, sino obedecerlo. Los enemigos de Rosas, no bien conocieron el modo de pensar del tirano y de interpretar la elección de Mayo, la llamaron, más que nunca, revolución y enseñaron a los jóvenes que la elección había sido una gran revolución, que los pueblos, cuando están hartos de tiranías, deben sublevarse, que así se había hecho el 25 de mayo en contra de un virrey español y había que hacerlo siempre que se presentase la oportunidad, etc. La historiografía argentina se forjó con una serie de falsedades por puro odio al tirano.

Iriarte repite a menudo su extrañeza de que Oribe, sabiendo que Montevideo era un "esqueleto casi exánime", no se resolviese a tomar la ciudad. Las defensas no podían estar más abandonadas. Nadie se preocupaba de atacar a los sitiadores. Una vez, un pailebot uruguayo salió del puerto a provocar, inútilmente, a la escuadra de Brown. El almirante, que había permitido, pocos días antes, la libertad de pesca, se indignó y cubrió de balas la ciudad. Por fortuna, fueron demasiado altas y solo resultó una mujer herida. Un oficial subalterno, sin órdenes superiores, había creado todo ese conflicto.

Los problemas del puerto, relacionados con la navegación, eran continuos. Rosas dio un decreto para que las embarcaciones que tocasen en Montevideo no pudiesen entrar en Buenos Aires y las que saliesen de esta ciudad no pudiesen entrar en Montevideo. Sólo podían entrar en Buenos Aires los buques ingleses y los de guerra neutrales. Las naciones afectadas eran muchas y el comercio con el Uruguay quedaba, oficialmente, cada vez más perjudicado. A los dos años de asedio, la situación no había variado. Sitiados y sitiadores se encontraban en peores condiciones que al comienzo de las hostilidades. En la práctica, la navegación dependía, a menudo, de un temporal. Una goleta sarda, que, desde la colonia, traía leña para el ejército de Oribe, tuvo que refugiarse en Montevideo. El comandante de una fragata de guerra sarda que se hallaba en el mismo puerto creyó oportuno y justo arrebatar la goleta que se había refugiado. La carga pertenecía al fisco de Montevideo, pues estaba destinada al enemigo que atacaba la ciudad. Todo era contratiempos y hechos inesperados. El encargado de negocios inglés, Turner, elevó una protesta a Rosas por la prohibición de tocar en Montevideo a los buques que se dirigían a Buenos Aires o salían de esta ciudad. Iriarte pensaba que el ministro inglés Mendeville ahogaría la protesta del encargado de negocios. Cada cual hacía lo que quería. La fragata sarda se llevó al Buceo a la goleta con la leña y el gobierno tuvo que presenciar el hurto sin poder impedirlo. Solo pensó en retirar el *exequatur* al cónsul inglés.

Los soldados italianos que formaban la legión empezaron a vestirse con un traje de aspecto teatral, parecido al de los calabreses. Todo ello no impedía que las deserciones aumentasen de uno y otro bando. Cierta vez, Iriarte fue informado que "la deserción de nuestras filas a las de los enemigos es más considerable que la de éstos a las nuestras, bien que entre ambos de poca consideración".

El desacuerdo que existía entre Paz y Rivera impedía la unión de ambos ejércitos y su triunfo seguro sobre Oribe y las fuerzas rosistas. Cada general tenía sus ambiciones y sus intereses. Sobre todo Rivera se preocupaba de su autonomía y de la defensa de su territorio. No le importaba mayormente el destino político de las provincias argentinas, con tal que no afectase el Uruguay. Se trataba, indudablemente, de un error; pero las cuestiones personales, como dijimos, impedían los planes de conjunto y la causa de los enemigos de Rosas decaía cada vez más. Brown, entre tanto, hacía llegar su respuesta en tono insolente a los jefes de las escuadras bloqueadoras y de los buques neutrales. A su vez, todos los jefes replicaron con un laconismo y un desdén impresionante. Rosas se atraía las mayores antipatías. El Brasil reconoció la independencia del Paraguay, y Rosas se creyó en la necesidad de protestar ante el Brasil. De hecho, el bloqueo había desaparecido, pero el primero de marzo de 1845 empezaba a regir la prohibición de Rosas de tocar en Montevideo los buques que se dirigían a Buenos Aires o salían de esta ciudad. Las carnes y los comestibles entraban en Montevideo con toda libertad. No obstante, la miseria aumentaba y solo unas pocas familias seguían haciendo una gran ostentación, especialmente en los bailes que había habido en Carnaval. En medio de estos lujos y de estas miserias, los vascos franceses y españoles daban el espectáculo de combatir con grandes odios. Iriarte explicaba que los desacuerdos que existían en sus provincias se habían trasladado a esta parte de América. En los mismos puestos de avanzada se provocaron de palabra y empezaron a tirotearse. Si Oribe lo hubiese deseado, en más de una ocasión habría podido atacar y ocupar la ciudad. Iriarte atribuía esa inmovilidad a una ineptitud militar. En cuanto a Rivera recibía continuas críticas que se publicaban en *El Nacional* y toda la ciudad comentaba. Se le acusaba, simplemente, de no haber sabido o querido vencer a los oribistas y rosistas. Los grandes jefes de esta guerra cultivaban el arte de esperar. Querían dar pocas batallas, pero decisivas. Los desórdenes de Montevideo inquietaban a los aliados o simpatizantes del gobierno de esta ciudad. El contralmirante Lainé manifestó al ministro Vásquez que si ellos no desaparecían estaba dispuesto a reconocer el bloqueo absoluto puesto por Rosas. El ministro Vásquez estaba en desacuerdo con las Cámaras. Cuando el Brasil se dirigió al gobierno de Montevideo para llegar a un arreglo de límites si Rosas se negaba a solucionar ese problema, las Cámaras negaron la autorización para hacer cada vez más difícil la permanencia de Vásquez en el poder. Estas rivalidades dañaban profundamente la reputación de las autoridades montevideanas. El Brasil parecía buscar un rompimiento con Rosas, posiblemente porque le convenía solucionar sus problemas de límites más con el Uruguay que con la Argentina; pero el hecho es que se habría

inclinado con mayor preferencia hacia el gobierno de Montevideo si los desacuerdos que había entre los políticos de esta ciudad no hubiesen aumentado tan gravemente. Por fortuna para los montevideanos y enemigos de Rosas, éste cometía cada vez más desaciertos diplomáticos. En un momento quiso desconocer el encargado de negocios francés, Mareuil; pero éste le dijo que si en cuarenta y ocho horas no lo recibía, él, la legación y todos los archivos se retirarían de Buenos Aires. Rosas se asustó y reconoció al encargado de negocios de Francia en el término que le fue impuesto. Este reconocimiento hizo creer en Montevideo que la estrella de Rosas declinaba. Se decía que su fortuna era inmensa y que en muchos bancos de Europa tenía grandes sumas depositadas. Buenos Aires vivía una época de abundancia gracias a la enorme cantidad de ganado que llenaba sus campos. Montevideo, por el contrario, se sumía en una miseria muy grande. En 1845 murió el general Martín Rodríguez. Recibió el viático y la extrema unción. "Su familia —dice Iriarte— quedará sumida en la más lamentable indigencia". A juicio de Iriarte, el rasgo más notable del general Rodríguez había sido el de elegir ministro a Rivadavia. Los críticos de Rivadavia no deberían olvidar este juicio de Iriarte: "Sometió la espada a la inteligencia, patrocinó la marcha liberal que Rivadavia quiso establecer por medio de instituciones benéficas y liberales, que desgraciadamente no se consolidaron porque Rivadavia, aunque hombre de grandes miras y sincero patriota, quiso forzar las barreras del tiempo y precipitó su obra, cuando el país no estaba aún bien preparado para recibir a la vez todos los bienes que Rivadavia creyó proporcionarle sin peso y sin medida". Rodríguez había sido, también, el primer gobernante que, hasta su época, terminó su período de gobierno y no intentó continuar en el poder. Su entierro se hizo con honores militares superiores a su rango; pero nadie pronunció unas palabras en el acto de su sepelio. Muy pocos de sus muchos amigos se habían acercado a su lecho de enfermo mientras agonizaba. La indiferencia o el temor de ayudar a un amigo necesitado había sido muy grande. Iriarte se lamentaba de los tiempos que le tocaba vivir. La religión había disminuído enormemente y la moral había sufrido en la misma proporción. Los duros golpes, por otra parte, habían hecho revivir en Iriarte su fe religiosa. Era masón, desde su juventud; pero pasados los años de las luchas de liberales y absolutistas, pensó nuevamente en sus primitivas creencias religiosas. En un párrafo hace una clara confesión de fe: "Hemos querido aprovechar la ocasión de consignar en estos apuntes nuestra profesión de fe religiosa, que es la base de nuestra creencia, para que nuestros hijos la conozcan y se persuadan que es un deber tributar un culto a la divinidad. Envueltos como hemos vivido en el torbellino de las revoluciones y en la disipación de la carrera militar, es de poco tiempo a esta parte, no que creemos, que siempre hemos creído, que con frecuencia cultivamos en nuestro espíritu un asunto importante. Les recomendamos que jamás lo olviden. Los años hacen juicios rectos y maduros, profunda reflexión y sentimientos internos de piedad religiosa. El saber no deprava sino los corazones mal formados".

La política dividía a los hombres en Montevideo y las nece-

sidades e intereses los acercaban. Florencio Varela y el ministro Vázquez cierta vez se indispusieron. Era a mediados de 1845. Varela acusó de malversación de fondos a Melchor Pacheco en **El Nacional**. Domínguez, tesorero, en tiempos de Pacheco, se quejó. Vázquez y Varela discutieron y sus relaciones quedaron cortadas; pero Varela, al no poder concurrir a la Casa de Gobierno, dejó de figurar y esto lo entristeció profundamente. Por su parte, Vázquez, que había colocado en los puestos públicos a parientes incapaces, no tenía quién le redactase las notas diplomáticas. El doctor Alsina terminó por arreglar la situación. Iriarte, crítico tremendo, tiene un párrafo para Varela que algunos políticos actuales no reproducirían; pero que nosotros, aunque contrarios a Rosas y sin adherir a todos los conceptos, no vacilamos en reproducir. Es el siguiente: "Pero yo creo esta soldadura muy frágil, desde que Varela, por odio a Rivera, que no le ha hecho buen lugar, se ha declarado en esta ocasión parcial de Pacheco y sus secuaces. Así vemos a Varela como uno de los tantos que aspiran a figurar, por el bien del país, como ellos dicen, que por mezquinas pasiones, por miserables personalidades que toda persona que tiene elevación debe olvidar y posponer en obsequio del bien público, vemos a Varela, digo, acalorando la anaquía de Pacheco con peligro de que sucumbamos bajo nuestros feroces enemigos, tan solo por enemistad con Rivera; por enemistad con Rivera se presenta también desleal y desagradecido hacia Vázquez, que tantas distinciones y beneficios le ha prodigado. Y estos son los hombres que se creen con el exclusivo derecho de dirigir y presidir los destinos de la República Argentina después que caiga Rosas: maldición para ellos si para entonces no cambian de marcha tortuosa, sus diabólicas tendencias".

Las noticias de Europa, hasta el quince de enero de 1845, hacían saber que Inglaterra estaba a punto de ponerse de acuerdo con Francia para hacer terminar la guerra en el Río de la Plata. El Brasil esperaba la decisión de esas potencias para iniciar sus hostilidades contra Rosas. Otros suponían que en Francia se trataba de ganar tiempo para que Rosas triunfase de sus enemigos y no tener necesidad de intervenir. Lo indudable es que en Inglaterra ya no se dudaba de la tiranía y mal gobierno de Rosas y hasta diarios oficiales como **The Times** tenían para él los juicios más duros. Este cambio en la opinión lo había logrado, en gran parte, el gran Rivera Indarte. La figura de Rivera Indarte hoy es objeto de una valoración muy diferente a la de otros tiempos. No olvidemos que tuvo, en su época, el aplauso de Mitre, cuya rectitud en la justicia histórica no puede ponerse en duda. Una cuestión personal con Vicente Fidel López hizo que este autor, en su conocida **Historia Argentina**, lo calumniara y dijera de él palabras absurdas que los enemigos de Rivera Indarte se complacen en reproducir. Ahora tendrán que reproducir, junto a ellas, las frases de Iriarte, el más imparcial y verídico de todos los críticos históricos de la Argentina. Dice: "El señor Rivera Indarte, editor del **Nacional**, puede vanagloriarse de que a sus escritos se debe que Rosas sea tan conocido en Europa como entre nosotros mismos. Es el escritor público que con más tesón y habilidad ha desenmascarado los crímenes del más malvado dictador, y es ya tan grande el poder de la opinión y

del conocimiento de sus maldades que hasta sus escritores estipendiarios en Francia e Inglaterra han enteramente enmudecido, y ni el degradado Manuel Sarratea ni el excéntrico y mal intencionado Manuel Moreno se atreven ya a defenderlo. El proteo Guido guarda también silencio en el Río de Janeiro". El estudio crítico de la vida y de las ideas políticas de Rivera Indarte confirma ampliamente este juicio. Rivera Indarte, acusado de cobarde, fue el polemista y escritor político argentino que más valentía y aún temeridad demostró en sus ataques contra Rosas. Pidió el asesinato político para el tirano, sin compasión ni vacilación, y desenmascaró todos sus crímenes. El mismo fue preparando su condena a muerte en caso de ser apresado por Rosas. Ningún otro de los opositores a Rosas llegó al extremo sorprendente de su heroísmo.

A medida que pasaban las semanas, la alianza de Inglaterra y Francia parecía más segura. El Brasil preparaba un ejército de cuarenta mil hombres y un personal de marina de ochenta mil. Rosas, como si presintiese su caída, tenía condescendencias con embarcaciones extranjeras y les permitía descargar sus mercaderías. Al mismo tiempo creaba embarazos de carácter pecuniario en la provincia de Buenos Aires "como si se propusiese sumir al país en la miseria cuando ya él no lo subyugue". Iriarte recordaba un rasgo del almirante Brown que explica porqué hombres como Mitre tuvieron por el gran marino tanta veneración y tantos elogios y escritores antirosistas convencidos, como el autor de estas líneas, hayan presidido un Instituto de Investigaciones Navales que lleva su nombre. Cuando se hicieron las exequias del general Martín Rodríguez, feroz enemigo de Rosas, la escuadra de Brown, que bloqueaba a Montevideo, "estuvo con la bandera a media asta". Es bien notable, dice Iriarte, "que hiciese también los honores fúnebres al inhumar su cadáver en el cementerio: no es posible que el impecable gaucho Rosas deje de rabiarse cuando tenga noticia de la demostración de dolor y respeto que ha hecho su almirante Brown a los restos mortales de un salvaje unitario. Pero Brown, por sus peculiaridades, por su monomanía, sus servicios, etc., es la única excepción de inmunidad que pueda citarse bajo el dominio de Rosas".

El optimismo se elevaba, a veces, a regiones un tanto utópicas. La legión francesa, libre, por un instante, de sus discordias, hacía servicios en la línea de fuego. La inmovilidad de Oribe en el Cerrito hacía imaginar que pronto podía ser encerrado entre el ejército de Rivera y el que existía en Montevideo. En cuanto al ejército de Urquiza se decía que diariamente perdía hombres y caballos. Otros comentaristas, por espíritu de contradicción, veían grandes peligros en la alianza de Francia, Inglaterra y el Brasil e imaginaban que ella se había hecho para entregar el Uruguay al Brasil. No faltaban, también, los que esperaban una revolución dentro del mismo Montevideo y entre los enemigos de Rosas: una sublevación del general Bauza en contra del gobierno. Iriarte refiere que Thiebaut le había dicho que, en caso de producirse ese escándalo, la legión francesa ocuparía la Plaza de la Constitución y el contralmirante Lainé desembarcaría ochocientos marinos en apoyo de la legión para contener a los revol-

tosos. El peligro de esa revolución criminal desapareció. Por el contrario: se produjeron actos que demostraron el deseo de unión y de terminar lo antes posible con la tiranía en el Río de la Plata. Los hermanos Madariaga "han immortalizado su nombre y el acto de desprenderse del poder armado es verdaderamente noble y sublime: ningún otro ejemplo nos suministra la historia de nuestra revolución de una abnegación tan perfecta, de una prueba tan práctica de verdadero patriotismo". La guerra se iba centralizando, con un solo director, para hacerla más eficaz. En el Cerrito, Oribe y sus jefes vivían una verdadera consternación. Sabíase que preocupaba la acción conjunta de Paz, Rivera y la intervención desde Montevideo. Sólo podía salvarlos Urquiza; pero éste, por el momento, no daba señales de poderío. La alianza entre el Brasil y el Paraguay también se daba por segura. Rosas podía estar tan intranquilo como Oribe. Los sitiados en Montevideo confiaban en que Bolivia y Corrientes también se unirían a los aliados para derrocar a Rosas. Este, cuando se enteró de la alianza del Brasil y del Paraguay, escribió a su ministro Guido, en Río de Janeiro, que protestase por tal hecho y que, si no se deshacía, consideraría el tratado como una ruptura de hostilidades.

La existencia diaria, en Montevideo, se hacía extremadamente dolorosa. Los soldados comían habas, porotos, papas, etc., en estado de putrefacción. El pan estaba agorgojado. La intervención podía salvar del hambre y de la anarquía. Iriarte temía que si los enemigos de Rosas lograban derribarlo por sí mismos se combatirían luego en una guerra civil por el poder. "La anarquía nos devoraría. Se presentaría tan espantosa que a pesar de las inauditas crueldades de la dictadura, tal vez se sintiese entonces haberla derrocado". En Buenos Aires, la mazorca, a la cual Rosas llamaba "pueblo", cometía crímenes tras crímenes. El odio a los extranjeros se generalizaba. "Mueran los extranjeros, no queremos extranjeros, son voces que han resonado con clamor y algarabía en la misma sala que Rosas llama de representantes". Buenos Aires estaba encadenado y dominado. "La canalla empuña los puñales aguzados por Rosas". Montevideo vivía con hambre mientras mucha gente del gobierno robaba a manos llenas. "Aquí sigue el sistema del peculado, se dilapida, se saquea el tesoro con escándalo; todos se quejan, pero el robo sigue".

El caso de Iriarte, como historiador y memorialista, es único en la historia de América. Sus páginas, llenas de datos curiosísimos y casi siempre ignorados a todos los escritores de historia de nuestra patria, son una continua lección para todos los estudiosos que las consultan. En 1845 nos revela la existencia de una pieza de teatro, de carácter político, que, como es lógico, los historiadores del teatro en el Río de la Plata no han comentado suficientemente. Su autor era Juan Bautista Alberdi y la pieza se llamaba **El gigante Amapola**, o sea, Rosas. Era cómica y simbólica y estaba destinada a hacer reír al público y convencerlo que todo el poder de Rosas era una farsa. Había alusiones a personajes conocidos y críticas a Lavalle, sin mencionarlo, cuya retirada, frente a Buenos Aires, parecía inexplicable. "La idea del autor —decía Iriarte— es ingeniosa y la farsa abunda en chistes muy oportunos por hacerla más resaltante, y en la misma exage-

ración que emplea se encuentra la explicación de nuestras miserias. Esta pieza original en estilo y género está dedicada a los presidentes y generales Bulnes, Bolívar y Rivera". Iriarte aparece, en este comentario, como uno de los primeros y mejores críticos teatrales del Río de la Plata.

La historia vista de cerca no es la historia vista de lejos. Nosotros estamos lejos de los hombres y de los acontecimientos que nuestros manuales y nuestras obras especializadas presentan con toques mágicos y plumajes espirituales. Iriarte estaba en contacto con la realidad y escribía sin la fascinación de la distancia ni los prejuicios de un patriotismo estúpido. Las rivalidades, conveniencias y odios de carácter político tampoco tenían la fuerza que, por tantas causas, han adquirido después. Quienes han discutido la personalidad del Chaco, el coronel Peñaloza, y han defendido muchas de sus acciones, que nosotros no defendemos, no pueden alegrarse con este juicio que transcribe Iriarte: "No es, pues, el bravo y patriota coronel Peñaloza (alias el Chaco) el asesino del general Brizuela. Aquel jefe, tan valiente como popular en La Rioja, se halla hoy en el ejército del general Madrid, al frente de una numerosa columna de llanistas". El general Brizuela habría sido asesinado por un mayor Aras y dos o tres soldados, en presencia de los rosistas. La muerte de Avellaneda, el martir de Metán, no ha sido referida, tampoco, con los datos que aquí vamos a reproducir. Hállanse en una carta de Lavalle a Paz, fechada en Salta, el 4 de octubre de 1841. Le dice: "Ahora tengo el dolor de comunicarle que el malvado Sandoval, conocido de muchas personas que están con usted, habiendo reunido en la dispersión de Famailla algunos fugitivos e induciéndolos al crimen, tomó preso al señor Avellaneda y coronel Vilela, y regresó con ellos a Tucumán, entregándolos al enemigo. Avellaneda y Vilela habían cometido la imprudencia de huir de mi comitiva que marchaba despacio y en orden, seguramente porque supieron como otros varios que mi persona sería tenazmente perseguida y se lanzaron casi solos por una senda extraviada. El primero de estos dos desgraciados me aseguran llevaba setecientos pesos, que tal vez ocasionaron su desgracia". Avellaneda, por tanto, murió degollado y su cabeza fue exhibida en la punta de un poste por separarse de los restos del ejército de Lavalle. El dato no era conocido. Tampoco se refiere, en las biografías de Lavalle, que éste iba acompañado por su señora que no era su esposa y que así lo veían los soldados. La mayoría de los otros jefes, sus subalternos, hacían lo mismo. Mariano Gainza, en una carta reproducida por Iriarte, escribe: "Quiso este arrogante caballero hacer más cómica su carrera (mestiza de gaucho y de noblete): marchaba con la hembra a la cabeza de la columna; recibía los partes en cama con su dulcinea..." Deshecha su autoridad, era más peligroso para los mismos oficiales "un soldado nuestro al encontrarnos distantes unas cuadras del ejército que los mismos enemigos. Cuántos ciudadanos han desaparecido por un miserable poncho, asesinados por los nuestros: será preciso silenciar estos crímenes". Gainza critica la batalla de Tucumán, dada con mil trecientos hombres, cuando hubiera debido darla con cinco mil que habrían podido estar listos antes de diez días. Así quedaron a discreción de los rosistas Tu-

cumán, Salta, Jujuy, Catamarca y La Rioja. Oribe estaba destinado a cumbar en Tucumán; pero la incapacidad de Lavalle lo convirtió en triunfador. En diecisiete minutos perecieron ciento cincuenta hombres y se perdió todo. “Basta —escribía Mariano Gainza— algún día se clasificará su valor. Yo le he visto en la del Quebracho y Río Colorado. En la primera salió una legua adelante, cuando aún existía el valiente escuadrón Mayo en el campo de batalla; en la segunda apenas se pronunció la derrota él estaba en gran carrera para la sierra. Qué quiere decir esto? Nada. Cría fama, etc.”

Los juicios de Iriarte sobre otros personajes históricos son bien conocidos. El general Paz es uno de los que reciben más imputaciones. Permitía a sus subalternos duelos de fusilería o ataques aislados con los sitiadores de Montevideo que significaban pérdidas inútiles de hombres. En un año habían desaparecido, sin ningún provecho, mil cuatrocientos hombres. Al mismo tiempo mantenía una disciplina de hierro en otros aspectos y hacía asar el palo como castigo. Por amor propio nunca aceptaba consejos. “Su carácter adusto, su genio altivo, sus violentos arranques de demencia lo hacen cada día más impopular”. Iriarte explicaba que el triunfo de Paz sobre Quiroga se debía a que Quiroga, que disfrutaba de un gran crédito por su arrojo temerario, “no poseía el arte militar ni conocía la disposición y maniobras de un ejército el día de una batalla”. Paz temía que haciendo justicia a sus subordinados disminuyese su gloria personal. Con los años había aumentado su mal carácter. Poco a poco sus amigos se transformaban en sus enemigos. Circulaban calumnias en torno a sus posibles proyectos y decíase que pensaba retirarse a Río Grande si la guerra fracasaba. Iriarte terminaba sus juicios con estas palabras: “Lo que ha empañado el lustre de muchas reputaciones ha sido el egoísmo, la codicia, la poca elevación de alma. Respetemos, no obstante, los altos hechos de Bolívar, San Martín, Sucre, y las virtudes de Belgrano”.

Andrés Lamas es presentado con un “carácter despótico y orgullo insoportable”. Iriarte escribe que “para él la expoliación está a la orden del día”. Garibaldi era el único que hacía actos heroicos y temerarios. Una vez capturó diez barcos de Buenos Aires cargados de provisiones a la vista de los sitiadores de Montevideo que, por cobardía, se convirtieron en fríos espectadores. Los franceses, en cambio, se asustaban al ver jinetes y no sabían hacerles frente. En Montevideo eran considerados malos soldados por su falta de jefes y organización. Iriarte razonaba que si Oribe hubiese atacado la ciudad, ésta, en más de una ocasión, no habría podido resistir y que si se hubiese alejado, las fuerzas reunidas en Montevideo se habrían dispersado o distribuido por los campos y al avanzar, de nuevo, Oribe sobre la ciudad, no habrían podido reunirse ni organizar la defensa. Montevideo, por tanto, según Iriarte, no cayó en poder de los oribistas y rosistas porque Manuel Oribe no atacó ni se alejó de sus muros. Uno de los hechos, poco citados, que preparó la reacción futura del general Justo José de Urquiza, fue el asesinato de su hermano don Cipriano y el nombramiento de Crespo como gobernador de Entre Ríos. Iriarte escribía que “es un acontecimiento que aunque parece ser Echagüe quien lo ha or-

denado, no se puede dudar que o ha sido sugerido por Rosas o ha obtenido su beneplácito”.

En cuanto al bloqueo, Iriarte repite a menudo que “es una farsa”. Los buques norteamericanos entraban y salían de Montevideo sin tomarse ningún cuidado. Los franceses eran más circunspectos en la violación del bloqueo. En algunos momentos, la escuadra bloqueadora se alejaba de Montevideo y se establecía en el Buceo. Según las leyes marítimas, al cesar de hecho debía cesar también de derecho. En el campo de los sitiadores se sufría mucha hambre y el odio de argentinos y uruguayos —unos rosistas y otros oribistas— aumentaba rápidamente. Montevideo, durante el bloqueo de Brown y Oribe, vivió unos años de tragedia. El temor de ser degollados, si los enemigos entraban, se unía al temor de una guerra civil entre los propios sitiados. No obstante, el milagro que cada hombre supo realizar, resistiendo a todos los dolores y manteniendo, constantemente, en la línea de las fortificaciones, una alta moral, un decidido espíritu de lucha, impidió que la ciudad sucumbiese y la libertad tardase aún muchos años en extenderse sobre las dos orillas del Río de la Plata.